

ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús:
Tú dijiste que “tu Padre nos enviaría en tu nombre el Espíritu Santo y que Él nos recordaría lo que nos enseñaste y nos lo explicaría todo”.
Tú conoces la pobreza y la aridez de nuestro corazón.
Te pedimos que tu Espíritu nos lo refresque, nos lo ilumine, nos haga entender tu Evangelio.
Nos lleve sobre todo a fiarnos de Ti y de tu Padre, a seguirte en fe confiada y amorosa, y a poner nuestro grano de arena para construir paz y vida en nuestro entorno. AMEN, ASI SEA.

TEXTO

MARCOS 2,13-28

«¹³Y salió de nuevo a la orilla del mar y **toda la muchedumbre** iba a él, y les enseñaba.

¹⁴Y, pasando, vio a **Leví**, el hijo de Alfeo, que *estaba sentado* en el despacho de impuestos, y le dice: “Sígueme”.

Y, levantándose, le siguió.

¹⁵Y sucede que, estando él reclinado en su casa, **muchos publicanos y pecadores** estaban reclinados con **Jesús y sus discípulos** -porque eran **muchos** y le seguían-.

¹⁶Y **los escribas de los fariseos**, al ver que [Jesús] comía con **pecadores y publicanos**, decían a **sus discípulos**: “¿Por qué come con **publicanos y pecadores**?”.

¹⁷Y, oyéndolo, **Jesús** les dice: “No tienen necesidad de médico los fuertes, sino los que tienen mal. No he venido a llamar a los justos, sino a **los pecadores**”.

¹⁸Y estaban **los discípulos de Juan** y **los fariseos ayunando**; y vienen y le dicen: “¿Por qué los discípulos de Juan y **los discípulos de los fariseos ayunan**, pero **tus discípulos no ayunan**?”.

¹⁹Y les dijo **Jesús**: “¿Pueden acaso ayunar los invitados del **novio** mientras el **novio** está con ellos? Durante el tiempo que tengan al **novio** con ellos, no pueden ayunar.²⁰ Pero vendrán días en que el **novio** les será arrebatado, y entonces ayunarán, en aquel día.

²¹Nadie cose un remiendo de paño sin ablandar en un vestido *viejo*, porque si lo hace el añadido fuerte tirará de él, lo *nuevo* de lo *viejo*, y el rasgón se hará mayor. ²²Nadie echa tampoco vino *nuevo* en odres *viejos*; porque si lo hace el vino reventará los odres, y se perderá el vino y también los odres. Al contrario, el vino *nuevo* en odres *nuevos*”.

²³Y sucedió que, al pasar él un *sábado* por entre los sembrados, también **sus discípulos** comenzaron a hacer el camino arrancando espigas.

²⁴Y **los fariseos** le decían: “¡Mira! ¿Por qué hacen en *sábado* lo que no está permitido?”.

²⁵Y les dice: “¿No habéis leído alguna vez lo que hizo David cuando tuvo necesidad y sintió hambre él y los que iban con él? ²⁶¿Cómo entró en la casa de Dios en tiempos del sumo sacerdote Abiatar y comió los panes de la presencia, que solo a los sacerdotes les era permitido comer, y se los dio además a los que iban con él?”.

²⁷Y les decía: “*El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado*.²⁸ Así que el Hijo del hombre es señor también del sábado”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (2,13-17)

- Habiendo mostrado con la curación del paralítico que él tiene autoridad de perdonar pecados, Jesús despliega ahora esa autoridad llamando al discipulado a un hombre cuya profesión le sitúa automáticamente en la categoría de los «pecadores», comiendo con él y con sus compañeros pecadores. Mc 2,13-17 es una unidad compuesta que consta de una historia de llamada (2,13-14) y de una historia de controversia (2,15-17).

Tal como ahora aparece, 2,13-17 constituye un pequeño drama en cuatro escenas. 1) Jesús enseña a la multitud a la orilla del mar; 2) él llama a un publicano para que sea su discípulo; 3) come en la casa de Leví con un grupo de publicanos y otros pecadores; 4) Jesús responde a la objeción de los escribas sobre la comunión de mesa. Las escenas están vinculadas entre sí por las palabras «publicanos» (= recaudadores de impuestos) y «pecadores», que forman un esquema (como los pétalos de una margarita) así: A – AB – BA – AB – B. El esquema ofrece una hermosa combinación de *repetición* y *movimiento* y la visión se amplía desde la perspectiva de un individuo particular (Leví en su puesto de trabajo) a la de un grupo grande (los publicanos y pecadores que se juntan con él para comer) hasta llegar a una perspectiva universal (Jesús se abre a los pecadores en conjunto).

- 2,13-14: El pasaje comienza llevándonos a la orilla del mar, quizá para que los lectores recuerden las llamadas de 1,16-20. Este lugar, a la orilla del mar, ofrece también un buen contexto para un pasaje que terminará con una nota universalista, hablando del propósito salvífico de la misión de Jesús. Aquí, como más tarde en Mc 4,1-2, la orilla del mar viene a presentarse como un aula de clase, donde Jesús resume la instrucción del pueblo que había comenzado en 2,2. El esquema del texto, donde hay una enseñanza a la que sigue después la llamada, es semejante al de 1,14-20 y pone de relieve el hecho de que *cuando se predica el evangelio* se consiguen personas para la comunidad cristiana.

Pasando a su lado, Jesús fija sus ojos en Leví, el recaudador de impuestos, y le llama para que siga sus pasos. La forma en que Jesús escoge a las personas resultaría sorprendente para los lectores del siglo I, especialmente en lugares remotos del Imperio donde los publicanos eran percibidos a menudo como un signo corrompido de la odiada presencia imperial. En el Nuevo Testamento y en las fuentes rabínicas, *los publicanos aparecen como deshonestos por naturaleza*, de manera que su misma presencia hace que una habitación se vuelva impura. Pues bien, Jesús llama precisamente a una persona así, una persona sin reputación, y ella le obedece inmediatamente, como hicieron antes Pedro y Andrés y los hijos de Zebedeo. El interés se centra aquí más bien en la naturaleza cuestionable de la persona llamada, en el hecho sorprendente de su llamada y en lo que tal llamada/elección revela sobre la persona del que llama, es decir, sobre Jesús.

- 2,15-17: Estas implicaciones vienen a desarrollarse en la continuación de la historia, en la que Jesús discute con los escribas sobre la elección que él hace de personas como Leví, para que sean sus compañeros de mesa. La escena comienza con la descripción de esos compañeros, no solo de Leví, sino también de muchos otros publicanos y pecadores, así como los discípulos de Jesús, que no habían sido mencionados desde 1,35-39. Hay también algunos huéspedes no deseados, los escribas de los fariseos, cuya presencia en casa de Leví resulta históricamente muy dudosa, pero que dicen en voz alta algo que constituía *sin duda* una objeción que los círculos rigoristas elevaron en contra de Jesús en el tiempo de su vida: «¿Por qué come con los publicanos y los pecadores?».

Conforme a Marcos, esta pregunta hostil surge de una ceguera espiritual: mientras Jesús «vio» a Leví como un discípulo potencial (2,14), los escribas le «ven» a él y a sus compañeros solo como pecadores. La pregunta que surge de esta *percepción distorsionada* no se dirige directamente a Jesús, sino a sus discípulos. Esta pregunta tiene sentido en un contexto antiguo, donde maestro y discípulos eran

responsables los unos de la conducta de los otros. Probablemente, ella refleja también la manera en que la asociación de Jesús con los pecadores seguía siendo un problema para la Iglesia posterior.

Este problema provenía, en parte, del hecho de que los publicanos eran ritualmente impuros y aquellos que comían con ellos corrían el riesgo de volverse ellos mismos impuros. Los fariseos (cuyo mismo nombre puede significar «aquellos que se han separado del pecado» y que habían constituido comunidades de pureza ritual en las comidas, a fin de evitar un contagio ritual) habrían pensado que la forma en que Jesús se relacionaba con los impuros constituía un acto de atrevimiento muy peligroso. Pero, además, probablemente, la objeción de los fariseos iba mucho más allá de los temas de pureza, pues los «pecadores», a los que aquí se alude, no eran solo personas poco cuidadosas en cuestiones de pureza ritual, sino también personas que rompían las leyes divinas y humanas a través del fraude, la traición, la prostitución, etc. Algunos de esos traidores a la Alianza (de Israel con Dios), tales como los publicanos, eran también *traidores en un sentido literal*, pues colaboraban con los romanos, esquilmando a su propio pueblo. Por otra parte, en general, el estilo de vida de los «pecadores» reflejaba de un modo destructivo el derrumbamiento de la sociedad, causado por el impacto de los modos de vida extranjeros sobre los judíos en el período greco-romano. La asociación pública de Jesús con los «pecadores» habría sido, por tanto, una causa de anatema para los fariseos, pues esa actitud parecía recomendar el desdén hacia la Ley, acelerando así el proceso de desintegración social, mientras que los fariseos concibieron su misión como la de santificar el nombre de Dios y redimir a la sociedad por la observancia de la ley de Dios.

La relevancia del tema parece relacionada en parte con el hecho de que la comunidad de Marcos tiene un origen predominantemente gentil, pero se sitúa, al mismo tiempo, en la proximidad de la Palestina revolucionaria (de la guerra del 67 al 73 d.C.). Los rebeldes judíos, que luchaban en contra de Roma, habrían identificado a esos gentiles como pecadores y les habrían considerado como impuros. Según eso, a los ojos de los rebeldes judíos, los judeocristianos como Marcos, que compartían la comunión de mesa con los pecadores gentiles, aparecían como traidores, pues daban ayuda y seguridad a los enemigos.

En nuestro pasaje, Jesús responde a la censura de los fariseos, que critican su comunión de mesa con los publicanos y los pecadores, por medio de un proverbio que consta de dos partes: «No necesitan médico los fuertes, sino los que tienen mal» y «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores». Esta respuesta cambia el marco de referencia: por encima de la ansiedad de los fariseos, que tienen miedo por el contagio de la impureza y el pecado de los otros, viene a presentarse *la necesidad humana de los pecadores* y la nueva situación creada por el advenimiento de Jesús (¡he venido!).

En esta nueva situación, *lo que resulta contagioso es la santidad de Jesús*, más que el pecado de aquellos con quienes le acusan de asociarse. Lo mismo que en Mc 1,40-45 y 5,25-34, Jesús no queda impuro por el contacto con la impureza, sino que, en lugar de eso, él supera y destruye la impureza a través del poder escatológico que está presente en él. Según eso, nuestro pasaje atribuye a Jesús el mismo tipo de autoridad divina que venía a expresarse en 2,1-12, pues supone que Jesús no es uno que está sujeto a la infección del pecado, sino que es médico que cura el pecado.

Una vez que el problema ha sido «resituado» con la imagen del médico, la afirmación final puede responder de una forma más directa al reto de los fariseos. Porque la sentencia «no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» constituye una sátira en contra del intento de los fariseos que pretenden haber alcanzado la justicia a través de la separación respecto del pecado. Estos fariseos, que aparecen constantemente como hostiles a Jesús en esta sección del evangelio y que iniciarán pronto una conspiración para acabar con la vida de Jesús, conforme a la visión de Marcos, no son ciertamente justos.

Ahora, en el tiempo del fin del mundo, la gracia del mundo superior está comenzando a introducirse en la esfera de las cosas de la tierra. Este convencimiento dominará el pasaje que sigue.

SEGUNDA UNIDAD (2,18-22)

- Habiendo defendido su comunión de mesa con los publicanos y pecadores, Jesús tiene que defender ahora otra práctica alimenticia. Sin embargo, esta vez le piden que explique no «por qué hace algo», sino por qué «sus discípulos no hacen algo», es decir, por qué no ayunan. Colocada estratégicamente *en el centro* de las cinco historias de controversias de Mc 2,1-3,6, esta defensa de Jesús pone de manifiesto la causa de fondo de la tensión creciente entre Jesús, por un lado, y los escribas y fariseos, por otro: *la incompatibilidad* entre la novedad del ministerio escatológico de Jesús y entre un modo de obrar que, conforme a la visión de Marcos, sigue vinculada a la edad ya pasada.

Tras la cuestión introductoria de 2,18, el pasaje se divide en dos secciones: la parábola del ayuno en tiempo de bodas, en 2,19-20, y las dos parábolas sobre el tema de lo viejo y lo nuevo, en 2,21-22. Cada una de estas secciones consta de dos sentencias que están íntimamente relacionadas una con la otra, seguidas por una tercera frase en forma de contraste.

El grueso del pasaje se centra en cosas que no pueden (no deben) hacerse: ayunar mientras el novio está presente, coser un remiendo de paño sin ablandar en un vestido viejo, echar vino nuevo en odres viejos. Esta concentración de cosas que no se pueden hacer responde a la fraseología negativa de la cuestión introductoria: «¿Por qué tus discípulos no ayunan?». Sin embargo, el final del pasaje resuelve las cosas de un modo positivo, que resume el tema de 2,1-3,6: vino nuevo en odres nuevos.

- 2,18-20: El pasaje comienza con una cuestión que algunos discípulos de Juan Bautista y algunos fariseos dirigen a Jesús, queriendo conocer la razón por la que los discípulos de Jesús no ayunan, mientras que aquellos que plantean la pregunta sí lo hacen. En el Antiguo Testamento y en el judaísmo, la mortificación que conllevaba la abstinencia voluntaria de comida se tomaba como un signo de arrepentimiento ante Dios y como un acto de autopurificación, que capacitaba para realizar la oración (cf. Dn 9,3; 10,3; Tob 12,8). Todos los judíos físicamente capaces de hacerlo ayunaban durante el día de la Expiación o *Yom Kippur* (cf. Lv 16,29-31; 23,26-29). Nuestro pasaje no se plantea el tema del rechazo del ayuno anual obligatorio, cosa que habría causado una protesta más fuerte que la que aparece en el texto, sino que trata del hecho de que Jesús no cumple los ayunos voluntarios adicionales, practicados por algunos «virtuosos» de la religión, tales como los fariseos y los discípulos de Juan Bautista.

Estos grupos no cumplían los ayunos solamente por razones individualistas. Probablemente, ayunaban para preparar e incluso adelantar la redención de Israel y del mundo. Este motivo nos ayuda a entender la transición de 2,18 a 2,19. Los interlocutores de Jesús intentan con su ascetismo adelantar la redención mesiánica; pero Jesús insinúa que esa redención ya ha llegado, de tal forma que su ayuno ya no es necesario. Jesús, mediante la imagen de las bodas, expresa su convencimiento de que la edad mesiánica ha llegado y de que, por tanto, las prácticas penitenciales ya no son necesarias o apropiadas. En Is 62,5 la redención futura se compara con una fiesta de bodas en la que Dios se desposará con Israel. Esta imagen está enraizada en profetas anteriores que emplean la metáfora del matrimonio (a menudo, un matrimonio forzado) para indicar las relaciones de Dios con Israel (por ejemplo, Os 2; Ez 16; Jr 2,2; Is 54,5).

Varios pasajes del Nuevo Testamento reaplican la metáfora del matrimonio o de las bodas a la relación entre Cristo y la Iglesia (Mt 25,1-3; Ef 5,23-33; Ap 19,7-9; 21,2.9). Para Marcos, Jesús es ciertamente un novio, aunque un novio trágico. Porque, repentina y sorprendentemente, la referencia a la alegría de los invitados a la boda, en presencia del novio, da paso a la llegada de unos días en los que él será arrebatado de ellos «y entonces ayunarán, en aquel día».

Las dos expresiones («llegarán días», «en aquel día») sitúan la muerte de Jesús en un contexto escatológico. Para la comunidad de Marcos, el tiempo presente es un tiempo de ausencia de Jesús: a partir de su muerte, Jesús está físicamente ausente, pero su ausencia es paradójicamente el medio por el cual se consigue su presencia. Porque, a través de los acontecimientos escatológicos de su muerte y de su exaltación a la derecha de Dios, él ha conseguido el poder de encontrarse dinámicamente presente con la Iglesia, en todas partes.

- 2,21-22: Después de la digresión en la que profetiza el ayuno futuro de los discípulos, Jesús vuelve al tema principal, es decir, a la razón por la que los discípulos no pueden ayunar en el presente. En este momento, su defensa pasa del plano psicológico al metafísico: nadie necesitará ayunar durante el tiempo del cumplimiento escatológico; más aún, el hacerlo hubiera ido en contra de la naturaleza de ese cumplimiento. Jesús utiliza aquí por dos veces un tipo característico de «dicho de sabiduría», donde se indica que la conducta a la que Jesús se opone va en contra de la estructura más íntima del universo (redimido), porque «nadie» haría una cosa de ese tipo en la vida diaria.

Las dos parábolas hablan de las consecuencias destructoras que provienen de intentar mezclar lo viejo con lo nuevo -un remiendo hecho con tejido nuevo rasgaría el vestido viejo, y un vino nuevo haría que se rompieran los odres-. De un modo semejante, la novedad escatológica de la misión de Jesús no puede ser contenida dentro de las estructuras antiguas del judaísmo: si uno intenta hacerlo las consecuencias serán desastrosas, tanto para el judaísmo como para la misión de Jesús.

El lenguaje de estas parábolas recoge referencias marcadas anteriores vinculadas al cambio apocalíptico violento que implica la llegada de Jesús. Así, por ejemplo, la palabra «rasgón» (*schisma*) recoge el tema de los cielos que se rasgaron (*schizomenous*) cuando el Espíritu de la nueva edad descendió sobre Jesús (1,10); y el verbo empleado para «echar vino en» (*ballei*) es el mismo que se usa en la escena que sigue al bautismo, cuando se dice que el Espíritu «lanza/expulsa» a Jesús al desierto (1,12) y cuando se habla de los exorcismos de Jesús (1,34.39, etc.). Esta «violencia divina» produce inevitablemente una «contraviolencia» por parte humana, como lo sugiere la vinculación entre *airei* (tirará), que se emplea en 2,21 para aludir al efecto destructor del remiendo nuevo en el vestido viejo, y la forma compuesta del mismo verbo, *aparthê*, que se emplea en 2,20 para hablar del novio «que les será arrebatado». Según eso, el orden antiguo arrebatará antes o después la vida de Jesús, porque él ha perturbado violentamente aquel orden antiguo con su nueva enseñanza, que rasga la misma estructura de ese orden antiguo.

La afirmación básica sobre la incompatibilidad entre el orden nuevo y el antiguo, y la necesidad de preservar el poder escatológico que ha irrumpido en el mundo a través de la venida de Jesús (sin diluirlo por el compromiso con las estructuras de la edad anterior), se resume en el eslogan con que concluye el pasaje: «Vino nuevo en odres nuevos». Sin embargo, en un contexto influido mayoritariamente por el Antiguo Testamento y por el judaísmo, este eslogan suscita la cuestión de si las estructuras del orden antiguo, superadas por el *eschaton*, incluyen no solo algunas reglas fariseas de pureza y algunas prácticas de ayuno, sino también la misma Ley de Moisés. En la siguiente perícopa, Jesús se enfrentará con esta urgente cuestión.

TERCERA UNIDAD (2,23-28)

- Inmediatamente después de haber enunciado el principio que dice «vino nuevo en odres nuevos», para concluir de esa manera la discusión sobre el ayuno, Jesús concretiza aún más este tema, aprobando el gesto de los discípulos que han resuelto su necesidad de comida de una forma que, al menos según la visión de los fariseos, va en contra de la observancia del sábado. De esa manera, Mc 2,23-28 sigue desarrollando el tema de la comida, de la que ha tratado en los dos últimos pasajes, pero la tensión ha subido claramente de nivel y se ha hecho más dura: a los discípulos se les acusa implícitamente no solo de romper algunas tradiciones fariseas vinculadas a la comunión de mesa y al ayuno, sino de algo mucho más grave: de una violación de los preceptos de la Ley escrita según los cuales se prohíbe trabajar en sábado (cf. Ex 20,10).

El pasaje se divide naturalmente en tres partes: a) el punto de partida, con la descripción de la acción de los discípulos y la objeción de los fariseos (Mc 2,23-24); b) la primera respuesta de Jesús, basada en 1Sm 21 (Mc 2,25-26); c) y la segunda respuesta, fundada en la finalidad original del sábado (Mc 2,27-28).

- 2,23-26: Jesús y sus discípulos hacen su camino a través de un campo de cereal, un día de sábado. Bajo el ojo vigilante de los fariseos, los discípulos comienzan a arrancar (y desgranar) espigas, presumiblemente para saciar su hambre. Los fariseos objetan que esta acción es ilegal, no porque los discípulos estén apoderándose de la propiedad ajena, pues una ley compasiva de la Biblia permitía que los pobres recogieran el grano que había sido dejado en los campos (Lv 19,9; 23,22; cf. Dt 23,25). La objeción se dirige más bien contra el hecho de que los discípulos están realizando en sábado un trabajo, aquí presumiblemente el cosechar espigas.

La primera respuesta de Jesús a esa objeción de los fariseos consiste en apelar a un precedente bíblico (el de David en 1Sm 21,1-6) donde se encuentra una violación no culpable de una ley que se centra en la comida. Jesús afirma que David «comió del pan de la presencia», que solo pueden comer los sacerdotes (Lv 24,9) y se lo dio a comer también a sus seguidores. El ejemplo no es totalmente apropiado, pues la trasgresión de los discípulos de Jesús no está en lo que comen, sino en el hecho de que ellos trabajan en sábado para conseguir comida. Puede ser que Marcos tenga otras razones para citar el ejemplo de David. La alusión de Jesús a 1Sm 21 vincula la autorización de un líder con la de sus seguidores («aquellos que iban con él»). Cuando Jesús se proclama a sí mismo Señor del sábado, al final del pasaje, él está suponiendo que sus discípulos comparten su soberanía sobre la ley del sábado. Por otra parte, para Marcos resulta importante el presentar a Jesús realizando una función davídica. Aunque el evangelista tenga algunas reservas sobre el título «Hijo de David» (12,35-37), él puede emplearlo aún para Jesús (10,48) o vincularle, por lo demás, positivamente con el reino de David (11,9-10). Después de todo, el Mesías esperado por la mayor parte del pueblo debía ser davídico no sólo por linaje, sino también por semejanza. Por otra parte, en nuestro pasaje, Marcos pone de relieve *la función real* de Jesús por la manera en que él describe a los discípulos recogiendo granos, pues de esa manera hace que surja la impresión de que están abriendo un camino para Jesús, como si estuvieran preparando una visita del soberano. De todas formas, la misma historia parece reconocer implícitamente que, a fin de cuentas, Mc 2,25-26 ofrece una respuesta inadecuada a las objeciones de 2,24, porque Jesús ofrece inmediatamente otra réplica que resulta más pertinente.

- 2,27-28: Esta respuesta consta de dos afirmaciones, la primera relacionada en general con los seres humanos, la segunda con el Hijo del Hombre en particular.

La primera respuesta, «el sábado ha sido creado para el hombre y no el hombre para el sábado», está relacionada con ideas que se encuentran tanto en el Antiguo Testamento como en el judaísmo posbíblico. Algunos pasajes del Antiguo Testamento suponen que el sábado tiene una finalidad humanista, es decir, la de ofrecer descanso para las personas después del duro trabajo de la semana (cf. Ex 23,12; Dt 5,14). Algunas tradiciones rabínicas han generalizado esta idea, condensándola en un dicho que, por su forma, es muy semejante al enunciado por Jesús: «El sábado ha sido entregado para ti, no tú para el sábado».

Mientras 2,27 tiene importantes analogías judías, la conclusión del pasaje, en el versículo siguiente, no las tiene. Aquí el argumento se modula y cambia desde el nivel humano a un nivel cristológico: «Así que el Hijo del Hombre es señor también del sábado». El «así» del principio resulta intrigante. ¿De qué manera se justifica la afirmación de que el Hijo del Hombre es señor del sábado a partir de una declaración según la cual el sábado ha sido hecho para los hombres?

Una respuesta muy influyente ha sido la de afirmar que aquí el término «Hijo de Hombre» no se refiere a Jesús o a ninguna figura particular, sino que este pasaje utilizaría más bien una expresión del Antiguo Testamento según la cual hijo de hombre significa simplemente «un ser humano». Entonces la afirmación significaría simplemente que «la humanidad es señora del sábado», una idea que seguiría en la línea de 2,27.

Pero es improbable que Marcos lo haya entendido simplemente como una afirmación sobre una prerrogativa de la humanidad en general. Para él, más bien, el Hijo de Hombre es una figura individual, basada en Dn 7. Marcos emplea aquí la forma definida (*el* Hijo de Hombre), mientras que si se tratara de una afirmación antropológica general se esperaría una forma indefinida (*un* hijo de hombre). Además, en el contexto marciano, la referencia al Hijo del Hombre en 2,28 sigue de cerca a la referencia al Hijo de

Hombre en 2,10 (¡tiene poder de perdonar!), que alude sin duda al mismo Jesús. Para Marcos el David mesiánico y el Hijo del Hombre de Daniel son uno y el mismo personaje, y su nombre es Jesús (cf. 14,61-62). Además, uno de los trasfondos importantes de la figura daniélica del «como hijo de hombre» es la figura de Adán en Gn 1-3. Dado que Mc 2,27 remite ya a la historia de Adán, la transición a 2,28 resulta natural. El sábado fue un don divino para beneficio del primer Adán. De esa forma su correspondiente escatológico (que es Jesús) tiene también soberanía sobre el sábado. Es posible que Marcos esté pensando en que Jesús restaura *el aspecto de compasión* del sábado originario, que en el tiempo intermedio ha quedado desvirtuado por la dureza de corazón de los hombres que han transformado el buen sábado en fuente de destrucción (cf. 3,4 y también 10,1-9).

Según eso, en nuestro pasaje, Jesús apela a la voluntad original de Dios en la creación y a su renovación escatológica en su propio ministerio (el de Jesús), a fin de defender la infracción de las regulaciones sabáticas de sus discípulos.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza